

ARTÍCULOS

**■ LOS NACIONALISMOS EN TIEMPOS DE PANDEMIA.
¿FENÓMENO NUEVO O ANTIGUO?**ÁNGEL TELLO¹

¿Existe en estos tiempos, de fuerte incertidumbre y pandemia, un retorno de la historia a partir de la emergencia de crispaciones identitarias, lo que algunos analistas han calificado como una suerte de reinención del nacionalismo?

El proceso de mundialización que afecta a todos los seres vivientes de nuestro planeta genera reacciones diversas, a veces inesperadas y sorprendentes, mundialización a la que muchos -como Francis Fukuyama- vieron como el fin de la historia o el nivel más elevado, el último, que podían alcanzar las relaciones internacionales, si bien este mismo autor hoy relativiza sus apreciaciones como veremos más adelante. Procesos similares también aparecieron a lo largo de los tiempos siendo observados que en su momento como el punto más elevado, político, social y económico al que la humanidad podía acceder: fin de la historia, mundo terminado, clausura del movimiento y del conflicto. El descubrimiento de América en 1492, la extensión global del Imperio Británico durante la segunda mitad del siglo XIX, la imposición de las ideas positivistas a fines del siglo XVIII e inicios del siglo XIX como consecuencia de la revolución industrial, el marxismo, marcaron hitos no sólo desde un abordaje geográfico o económico-político, cada uno de estos momentos también venía acompañado por una importante carga ideológica. En la mayoría de los casos, las ideas que sustentaron estos cambios trascendentes se apoyaban en una suerte de fundamentalismo frente al cual no había otra salida que someterse so pena de aislarse y quedar al margen de los grandes escenarios mundiales.

La mundialización ha llegado para quedarse según algunos analistas, otros la observan en franco retroceso ante el avance de fuerzas centrípetas que actúan sobre ella. Lord Keynes afirmaba que en el largo plazo estamos todos muertos. Sin embargo, una visión dogmática y cerrada ha impedido e impide ver y comprender las fuerzas contrarias por ella desatadas y que en la actualidad conforman novedosos escenarios, tales como el renacimiento y actualización de antiguas disputas, otorgándole al sistema mundo un contexto de creciente incertidumbre.

Otros puntos de vista señalan que la mundialización alcanzó sus límites antes de la pandemia y en variados escenarios tanto políticos como académicos se pensaba en cómo frenarla, esta pandemia, muy probablemente, va a profundizar las controversias. Es posible que muchas empresas reconsideren, para luego

¹ Ex Secretario de Estrategia y Asuntos Militares, Ministerio de Defensa, República Argentina. Doctor en Relaciones Internacionales (IRI – UNLP), Integrante de la Comisión Asesora del Doctorado en Relaciones Internacionales (IRI – UNLP), Docente del Doctorado y de la Maestría en Relaciones Internacionales (IRI – UNLP) y Coordinador del Departamento de Seguridad Internacional y Defensa (IRI – UNLP).

racionalizarlas, sus cadenas de aprovisionamiento distribuidas por todo el mundo, algo que ya está ocurriendo con laboratorios farmacéuticos europeos instalados en China que vienen de anunciar el retorno de sus plantas de producción hacia sus países de origen por considerarse fabricantes de insumos estratégicos. Por otro lado, resulta difícil pensar que todo el medio económico va a repatriar sus actividades para ser autosuficiente. Es altamente probable que asistamos a una cierta desglobalización, pero será una cuestión de grado.

Al respecto, nos ilustra Francis Fukuyama, autor del *Fin de la Historia* y uno de los académicos más comprometido en los años noventa con la *doxa* neoliberal: “Hoy vemos la cola del cometa de un neoliberalismo que está muerto y retornamos al liberalismo que existía en los años 1950 y 1960, en los cuales la economía de mercado y el respeto de la propiedad privada cohabitaban con un Estado eficiente que intervenía para achicar las desigualdades sociales y económicas. Lo que nos enseña esta pandemia es la necesidad de un Estado fuerte. Es necesario a cualquier precio modificar el equilibrio entre liberalismo, protección social e intervención estatal”. (1) Para agregar en otra parte de la nota: “El punto crucial de la respuesta a esta pandemia hay que buscarlo en la fuerza del Estado, en la capacidad a proveer una respuesta en materia de salud pública y emergencias, pero también en la confianza que el pueblo le dé a este Estado, a sus dirigentes y a su sabiduría. La pregunta es ¿por qué algunas democracias han sido eficaces y otras no? La verdadera línea divisoria se trazará entre los países que tienen un Estado fuerte y una política de salud eficaz sea cual fuere su modo, y países dotados de un Estado débil, privados de esta política, tales como el subcontinente indio o en África que se encaminan hacia verdaderos desastres”. A confesión de partes, relevo de pruebas.

Uno de los aspectos más relevante de la mundialización es el crecimiento exponencial de las comunicaciones, situación que facilita el contacto y la relación entre los seres humanos *urbi et orbi*. La historia nos informa que el empleo de la imprenta por parte de Gutenberg permitió la impresión y posterior lectura de la Biblia hasta ese entonces reservada a los claustros religiosos. Ello facilitó el surgimiento de la Reforma protestante que cambiaría las creencias y actitudes de hombres y mujeres permitiendo, a su vez y tal como lo analizó magistralmente Max Weber, un impulso decisivo al desarrollo del capitalismo. Es pertinente preguntarse: ¿qué ocurrirá con las comunicaciones contemporáneas cuando miles de millones de individuos, aun con escasa formación, pueden acceder al conocimiento de lo que acontece en torno a ellos y adquirir conciencia de su propia situación, cuando estos seres humanos vean que se han ido transformando en objetos de las decisiones de otros y no en sujetos de su propio destino?

La toma de conciencia de los efectos de la mundialización, valor de lo negativo, genera miedos y al mismo tiempo necesidad de protección frente a un mundo al que se ve agresivo y cuyas propuestas son el individualismo y el sálvese quien pueda. Asistimos así a lo que podría considerarse como un retorno de la historia mediante la recuperación de la idea de Nación por parte de muchas comunidades que ven en ésta un ámbito de afirmación identitaria y una manera para diferenciarse de otros. Esta construcción, en muchos casos, no se piensa contra poderes localmente abusivos sino contra una alteridad más inquietante que el poder en sí mismo. Alteridad que es percibida como fuente de amenazas, pérdida de creencias y tradiciones. Podríamos calificarlo quizás como nacionalismo débil, de afirmación entre los emergentes, pero también como nacionalismo de miedo y repliegue cuando se trata de antiguas potencias. Resulta interesante observar que al mismo tiempo que se registra esta tendencia hacia una mayor fragmentación, de manera contradictoria la pandemia nos pone ante el desafío de la respuesta de una sociedad global frente a una amenaza mayor.

En el caso de los pueblos y países en vías de desarrollo, la mundialización impone el salto de etapas en su evolución socio económica y política, hecho que quiebra vínculos y relaciones humanas, ancestrales en muchos de ellos, generando reacciones de repliegue sobre sí mismos a partir de los nacionalismos, las

religiones y/o particularismos diversos. La adaptación a nuevas condiciones de producción de bienes y organización de las sociedades en los casos de los países hoy más desarrollados, demandó décadas de luchas sociales, revoluciones, conflictos civiles y guerras, no se trata entonces de lo que podría ser un simple cambio económico a partir del cual las personas comprenderán y asimilarán las virtudes *celestiales* del mercado, sino de procesos, a veces prolongados, de adaptación social y política a las nuevas condiciones. El Estado de Bienestar, con su versión *New Deal* en los Estados Unidos, fue una respuesta a la crisis de 1930 y más tarde a la destrucción provocada por la Segunda Guerra Mundial. Tiene razón el financista y especulador George Soros cuando observa que durante la bipolaridad las sociedades tenían “a dónde ir”, es decir, la presencia del mundo comunista obligó en cierta medida a contener los impulsos del mercado librado a su suerte y facilitó la implementación de un sinnúmero de políticas sociales, en particular en las naciones europeas. El famoso telegrama de George Kennan desde la embajada norteamericana en Moscú pidiendo una ayuda masiva en la posguerra para una Europa devastada, en lo que luego sería el Plan Marshall, está allí para ratificarlo.

En la actualidad, el alto grado de interdependencia de las economías explica en buena medida el carácter generalizado del golpe y el escenario caótico que genera la pandemia, tal como ha sido expuesto por el editorialista de *Le Monde* Alain Frachon en abril de 2020. Por ejemplo, las cadenas de producción y creación de valor globales producen una segmentación transnacional de los diferentes niveles de producción, investigación y desarrollo, diseño, extracción de materias primas, fabricación de componentes, ensamblaje, comercialización, en centros industriales y geográficos especializados a partir de sus ventajas comparativas, etc. Apple, caso paradigmático, tiene como proveedores a doscientos subtratantes mayores, en su gran mayoría asiáticos -China (39%), Taiwán y Sudeste asiático (23%), Japón (16%)- situados en veinticuatro países, por otra parte, los subtratantes también se proveen en el mercado mundial (materias primas y componentes). Este esquema, con algunas modificaciones, vale para todas las empresas del sector electrónico, eléctrico, automotriz e indumentaria. Nike, por ejemplo, cuenta con fábricas de subtratamiento en cuarenta países y se provee en materias primas en otros once ubicados en todos los continentes con una fuerte concentración en China, Vietnam e Indonesia. Cadenas transcontinentales controlan también el mercado mundial de productos farmacéuticos. Aun en el caso de sectores estratégicos como el aeronáutico, con sistemas de producción no tan dispersos geográficamente en otros tiempos, hoy se encuentran bastante segmentados. Airbus trabaja con subtratantes y posee fábricas de ensamblaje en China (Tianjin) y en los Estados Unidos (Mobile, Alabama) además de varias naciones europeas. El mismo fenómeno se registra en Boeing, en cuyo caso el recurso al subtratante no ha cesado de reforzarse; a mediados de los años sesenta, el 727 era casi totalmente fabricado en suelo norteamericano; cincuenta años más tarde, 70% del trabajo de concepción y fabricación del 787 es confiado a otros socios.

Desde hace tiempo ya, podemos observar una diacronía y derroteros bastante separados que, más allá de las incertidumbres percibidas e incrementadas por la actual pandemia, presentan de una manera a veces imperceptible, otras no tanto, las tendencias de fondo que le dan sustento. En este punto puede aplicarse la teoría del caos a partir de considerar un hecho mayor como ha sido el fin del conflicto Este-Oeste y la desaparición de la URSS en 1991, como consecuencia del mismo emergió una considerable cantidad de sucesos que luego estarían en el origen de diversas trayectorias, así es cómo los momentos de ruptura juegan un rol esencial, ilustrando los ulteriores desarrollos la multiplicidad y diversidad de las posibles bifurcaciones dentro de una evolución general, entre las cuales se encuentran, por ejemplo, el ascenso fulgurante de la República Popular China, la política de poder de Moscú y una inquietante y ascendente presencia de conflictos, algunos de ellos violentos, *urbi et orbe*. Dicho de otra manera, debemos constatar la importancia de los momentos de crisis y bifurcaciones en los procesos de transformación social.

Tal como lo observa Pierre Hasner, vivimos en una era de poder relativo, sin un superpoder que esté en condiciones de establecer reglas para todos los demás actores del sistema. China, por ejemplo, enuncia sus finalidades geopolíticas en Extremo Oriente y una afirmación soberana sobre la base de una importantísima infraestructura económica y financiera, además de un relato histórico favorable y pleno de simbolismos. En este punto la política de los Estados Unidos busca *contener* a China, probable rival en algunos años que disputará el liderazgo global. La intervención rusa en Siria, más allá del establecimiento de bases militares, apunta a recuperar prestigio y poder, a devenir nuevamente un actor con el cual se debe contar. El Reino Unido con su *Brexit* y otros casos particulares, como Polonia, Hungría, Italia, Austria, Francia con la *monarquía republicana* de Macron y los *chalecos amarillos*, ¿Brasil de Bolsonaro? etcétera, conforman tendencias pesadas que podría calificarse como neo nacionales y que erosionan el multilateralismo. ¿Podemos afirmar hoy que nos encontramos en un momento de construcción de una nueva polaridad, conflictiva ésta, basada en relaciones de poder como ha ocurrido en otras etapas de la historia?

Observamos también en este escenario una crisis de la versión occidental de la mundialización, caracterizada por el debilitamiento de los principios que han dado vigencia a determinados valores universales y por el cuestionamiento de otros que le otorgan superioridad moral y/o política al sistema democrático liberal. El ex ministro de Relaciones Exteriores de Francia Hubert Védrine señala acertadamente “Occidente perdió el monopolio del relato”, observando y constatando la emergencia de nuevos relatos y nuevas racionalidades. Del respeto y aceptación de las mismas, es decir de lo diferente, puede pensarse, quizás, un mundo más pacífico.

Hoy suben a escena la nación y las soberanías, aunque sobre bases diferentes a las registradas en otras épocas: en muchos casos la búsqueda de protección, de mirar hacia adentro, se impone a la afirmación de nuevos derechos políticos. No nos alejamos de la realidad si observamos que la revolución neoconservadora activó soberanismos en Libia, Irak, Afganistán, Irán, Corea del Norte, etc. como también las expediciones militares francesas en África subsahariana. Todo esto podría ser considerado como la emergencia de un nacionalismo desnaturalizado y desprogramado. Desnaturalizado porque tiende más a la afirmación colectiva de un pueblo que a la pretensión de ejercer sus derechos políticos, afirmación definida y reivindicación democrática raramente valorada; la demanda se dirige hacia un Estado *-Fukuyama dixit-* más fuerte y presente, tal como puede observarse en muchos lugares del, por ejemplo, Este europeo. Nacionalismo desprogramado porque mezcla las diferencias políticas existentes en otros tiempos entre países.

Se conforma de esta manera la reconstrucción de una idea de identidad que no necesariamente se encarna en un espacio territorial definido. Región, civilización, religión, etc. funcionan como categorías que definen los contenidos a partir de los cuales la identidad es restablecida.

Una nueva realidad territorial *posmoderna* emerge expresando una contradicción entre el concepto de territorio y territorialidad. Podemos considerar que aparece en el horizonte una transformación de la herencia de Westfalia a partir de lo que debería ser un repliegue identitario hacia la esencia de la nación, al mismo tiempo que ésta se proyecta y no permanece encerrada en las fronteras del Estado nación tradicional, tal como puede observarse, por ejemplo, en las políticas de Donald Trump. Ello presenta una nueva contradicción que, valor de lo negativo, en muchos países propone espacios que se amplían a “pueblos hermanos”: paneslavismo, panislamismo, panarabismo, etc. Desde cierto punto de vista, la frontera perdió el sentido de otros tiempos y su carácter absoluto. En escena, una fuerte contradicción entre mundialidad e identidad como basamento de las crisis actuales.

Algunos autores como Bertrand Badie tratan al neo nacionalismo como una ideología. Como una fórmula destinada a movilizar los actores sociales, al individuo en tanto *homo politicus*, tratándose en consecuencia de un proyecto y no de un programa. No se limita a lo que podríamos denominar una “reacción

antioccidental”, porque esta realidad también afecta a los occidentales: italianos y catalanes para citar dos situaciones conocidas, en estos casos se habla de populismos que alguna vez pueden haber tenido un sentido histórico y que hoy proclaman la denuncia de las élites y la necesidad de refugiarse en referencias de sustitución: nación, identidad, religión, raza, etc. La idea que estalló, tal como lo señala Védrine, es la de un Occidente todopoderoso y el liderazgo natural e incontestable de los Estados Unidos. Tal como lo sostenía Levrov, ministro de Relaciones Exteriores de Rusia en la Conferencia de Seguridad en Munich en febrero de 2017: “...estamos frente a un orden mundial post occidental”.

En este contexto vemos peligrar el orden mundial heredado de 1945-1991 asentado en la estructura bipolar del sistema internacional. También puede observarse hacia dentro de los Estados una tendencia marcada hacia la desintermediación política en beneficio de un líder, el pueblo, o diversas variantes de populismo. Raymond Aron observa con envidia en *Paz y guerra entre las naciones* que los períodos de crisis y guerras coinciden con frecuencia con el cuestionamiento de los principios de legitimidad y organización de los Estados.

Una emancipación creciente del orden occidental aparece en las políticas de China, Rusia, Irán, Turquía (¿Brasil quizás?) simultáneamente con lo que muchos auguran como el fin del mesianismo occidental. Francia amenazó a los Estados Unidos con el retiro de sus tropas de Afganistán si éstos no apoyaban su intervención en Libia junto con el Reino Unido, el presidente Obama no deseaba intervenir en este país norafricano en tanto París y Londres no presentaran una salida política sustentable que reemplazara el derrocamiento de Khadafy. Similar es en la actualidad el caso de Siria, si Assad cae, ¿quién lo reemplaza con suficiente legitimidad? ¿o acaso no era más previsible el comportamiento de un dictador como Saddam Hussein en Irak que el caos provocado por la invasión norteamericana de 2003 y su correlato en Estado Islámico? Volvemos entonces al realismo en las relaciones internacionales con el fracaso de la Resolución de las Naciones Unidas respecto a la responsabilidad de proteger.

El nacionalismo, como se indicó *ut supra*, es eminentemente proyectivo, verificándose un retorno hacia las zonas de influencia a partir de referencias ideológicas y culturales comunes. Ello genera una dinámica de fragmentación y su agravamiento, tanto como el fracaso de las intervenciones externas. “Cuando el centro se debilita las periferias se emancipan” sostiene Michel Foucher (2). El caso europeo es ilustrativo, en este caso el Estado dejó de ser estrategia para convertirse en un gestor, salvo cuando aparecen situaciones límite como es el caso de la actual pandemia. En China el Estado es estrategia, vector económico y actor financiero, pudiéndose observar, por otro lado, una fuerte demanda de Estado en los países democráticos. En parte ello se debe a que el poder real en el mundo se encuentra de manera creciente afinado en las empresas transnacionales o en el sistema financiero internacional, y cada vez menos en la voluntad democrática de los ciudadanos y sus representantes, es decir, en la política. Los segundos con la legitimidad de origen de la cual carecen los primeros. Por ello ante la pregunta si desaparece el Estado, la respuesta es que éste aún goza de buena salud.

Los últimos veinticinco años de la política exterior de los países desarrollados estuvieron signados por la exportación de un modelo que se creía “superior”, apoyado en el discurso único y las expediciones punitivas contra los “usurpadores” muy similares éstas a las intervenciones de las antiguas potencias coloniales.

El interés nacional se expresa en el mantenimiento de la soberanía, la autonomía de apreciación y la libertad de acción de una comunidad. Cuando nos referimos al interés vital ello implica la supervivencia misma de un grupo humano en un espacio determinado. Por ello el referente nacional no tiene el mismo significado en el diccionario de las viejas potencias que en el de las potencias emergentes.

La reafirmación nacional resulta conflictiva en dos niveles: Estados que buscan ampliar zonas de influencia a partir de una identidad étnica: Ucrania, Gran Serbia, Gran Albania; y a un nivel infra estadual que describe la diversidad de configuraciones políticas complejas con guerras civiles internacionalizadas como es el caso de Siria, búsqueda de seguridad, de supervivencia de fuerzas rebeldes que se reivindica como su principal motivación.

Así como en otros tiempos las dos guerras mundiales tuvieron como razón de ser la competencia de poder, hoy puede hablarse de “competencia de debilidad” ligada al debilitamiento o hundimiento liso y llano del Estado (3): Yemen, República Democrática del Congo, República Centroafricana; a la descomposición de la nación en Irak, Siria o Mali, o aun a la fractura de los vínculos sociales bajo el efecto de una precariedad extrema de la situación económica; guerras más intra estatales que interestatales. Crisis profundas del Estado nación que, como ha sido analizado, la mundialización tiene una parte importante de responsabilidad en todo ello.

“Nueva conflictividad -desde Mauritania hasta Pamir descendiendo al sur hasta el Congo- a causa de la debilidad de los Estados nación, la ausencia de lazos sociales fuertes sumado a pulsiones identitarias proto nacionalistas”. (4)

Emerge en este escenario una dialéctica entre lo que puede considerarse como identidad restaurada o identidad buscada. En este contexto algunas intervenciones son militares, otras no lo son. Pudiéndose observar una creciente incapacidad del instrumento militar, cuando es empleado, para imponer soluciones políticas estables y duraderas. Las intervenciones multilaterales aparecen inspiradas por cierta lógica de regulación, las unilaterales, por el contrario, expresan el juego del poder. Las intervenciones resultan anormales porque suspenden la soberanía del Estado, un principio que es y ha sido piedra fundamental de la Carta de las Naciones Unidas y del Derecho Internacional Público. Por otro lado, las intervenciones son notoriamente asimétricas y plantean la cuestión acerca de quién se encuentra habilitado y con qué legitimidad para intervenir. “Pretendiendo involucrarse como un sheriff autoproclamado en la lucha contra el terrorismo, se corre el peligro de estimularlo y desarrollarlo” (5). Afganistán constituye un buen ejemplo para considerar: los Estados Unidos gastaron en 2003 dos mil millones de dólares por semana durante su intervención militar, mientras que los talibanes gastaron veinte millones en todo el año. El resultado: nula solución política y en la actualidad los talibanes controlan más del 75% del territorio de este país de Asia central.

Hoy la violencia aparece extraordinariamente fragmentada y descentralizada, en la mayoría de los casos no es ejercida por una estructura política responsable y organizada, se trata de redes policéntricas que en algunos casos no se referencian con alguna colectividad particular.

Refiriéndose al incremento de los gastos en armamentos por parte de las principales potencias y a las razones de los mismos, señalan Andrea Rizzi y Carlos Torralba: “En las tres (EE UU, Rusia y China) el nacionalismo impregna el discurso político como nunca desde el fin de la Guerra Fría. Putin articula toda su trayectoria de poder alrededor de la idea de la orgullosa resurrección de una Gran Rusia; Trump alcanza la Casa Blanca bajo el indisimulado mantra del *América first* frente a los supuestos abusos de los demás; Xi Jinping vira de forma cada vez más acentuada hacia el nacionalismo a medida que se consolida en el poder. El discurso del líder chino de marzo ante la asamblea legislativa anual fue quizás el más explícito en ese sentido desde que llegó al poder. Y en India -un actor de considerable peso estratégico en la escena internacional- ocupa el poder un político con un historial de corte nacionalista hindú, Narendra Modi”. (6)

El término *gobernanza*, de uso corriente hacia el interior de los Estados, algunos lo aplican por extensión a los asuntos mundiales pretendiendo gobernar sin política. *Si los Estados se gerenciaran como una*

empresa todo iría mejor, se sostiene. Con este trasfondo, valor de lo negativo, la reacción del mundo neo nacional intenta desconocer las reglas internacionales destinadas a contener el empleo de la fuerza.

En cierta forma, la gobernanza quiere decir “gobernar sin gobierno” y sabemos qué se entiende por ello: sistema financiero internacional, empresas transnacionales, compañías militares privadas (mercenarios), etc. Por ello, aunque suene utópico o ingenuo, un orden mundial debe apoyarse sobre un gobierno con menos referencias a los intereses nacionales y más a las necesidades comunes de la humanidad, esta posibilidad se ha distanciado en las últimas décadas de la escena mundial, lamentablemente, y la ONU no llega a cumplir cabalmente con el rol que le asignaron sus fundadores en 1945. El neo nacionalismo no solamente agrade a la mundialización sino a los principios mismos de una posible gobernanza mundial. Nos encontramos ante una lógica de fragmentación creciente donde además de partirse las unidades políticas, también se fracturan las ideas y creencias que en su tiempo dieron origen a la comunidad internacional. Quizás se pueda verificar que la relación entre intereses y valores donde los primeros encapsulan a los segundos., al menos desde Westfalia, hoy se invierte y cada vez más son los valores quienes adquieren preeminencia sobre los intereses.

En la actualidad estamos inmersos en una configuración internacional policéntrica con una especie de multipolaridad deformada con la presencia de potencias que, pensando influir a escala global, lo hacen por ahora a escala regional (Brasil, Sudáfrica, Nigeria, Etiopía, Irán, Turquía, China, Rusia). En muchos de estos casos el juego democrático aparece cuestionado en el contexto regional por obligaciones impuestas (apertura excesiva de los mercados, libre cambio, desregulaciones, privatizaciones, déficit, etc.) dando lugar a populismos como proceso de desintermediación entre los cuerpos constituidos y las instituciones generando cortocircuitos.

En cierta medida se verifica una oposición clara entre el neo nacionalismo y la democracia. Los nuevos nacionalismos apelan, desde los Estados Unidos hasta Rusia y pasando por buena parte de Europa, a un Estado más fuerte y cierta valorización del autoritarismo como función política. Ello configura una situación notablemente peligrosa desde el momento en que todas las formas de aspiración a más democracia encuentran un eco escaso en los Estados dominantes. No solamente existe una crisis global, sino que ella se ha transformado en la razón principal de las relaciones internacionales. Por otro lado, el actual sistema internacional es el más desigual de los sistemas sociales que registra la historia. Tres consignas han presidido lo que podría considerarse la “razón” occidental: derechos humanos, democracia y mercado. De las tres, la que finalmente mantiene una presencia hegemónica es el mercado puesto que la democracia y los derechos humanos, tal como la realidad lo demuestra, terminan por acomodarse a los intereses económicos y también geopolíticos. Sin embargo, debe destacarse que, al menos por un tiempo quizás prolongado, resultará extremadamente difícil que las situaciones de inequidad creciente observables a escala global puedan resolverse fuera del marco nacional o, eventualmente, regional. La actual pandemia, justamente, hoy constituye un elemento esencial en la revalorización del Estado.

Antes de esta verdadera calamidad que hoy afecta a toda la población mundial, pueden señalarse, en términos generales, dos grandes grupos de seres humanos: aquéllos que habitan mayoritariamente en las naciones desarrolladas con un nivel de ingreso elevado, cosmopolita, abierto y con capacidad para trasladarse de un lugar a otro; y el resto, con menos capacidad económica, menos instruido y más sujeto y comprometido con el terruño, culturas ancestrales y tradiciones. Esta situación es poco probable que cambie una vez controlado el virus, por el contrario, debe esperarse que la brecha se profundice si consideramos seriamente los pronósticos que anuncian una fuerte caída de la economía global. Podemos constatar que el segundo grupo aparece como el más inclinado a seguir las políticas más nacionalistas y localistas.

Carlos Yárnoz, en una nota del diario *El País* cita a Daniel Innerarity, catedrático de filosofía política y social, cuando éste observa que la crisis de los partidos políticos en Europa se superará cuando existan mejores partidos. Señala a continuación: “Mientras eso no llega, la proliferación de formaciones populistas, xenófobas, nacionalistas, eurófobas o confesionales, surgen por doquier y dibujan un mapa europeo cuando menos inquietante. Así, Orban (en Hungría) se ha convertido en un líder de referencia para el Este del continente como defensor de una cosa llamada *democracia no liberal* cuyo partido Fidesz (Alianza de Jóvenes Demócratas), predica como un mantra que la identidad cristiana de Europa se encuentra en peligro” (7)

A lo que puede agregarse, como fue mencionado *ut supra*, el movimiento 5 Stelle y la Liga Norte en Italia, Polonia, los partidarios del *Brexit* en el Reino Unido, la Alternativa para Alemania abiertamente pro nazi, el Frente Nacional en Francia, etc. Aquel nacionalismo que en otros tiempos se pensaba como una enfermedad atrasada de los países en vías de desarrollo hoy permea a las comunidades más “avanzadas” en términos relativos.

En la actual incertidumbre no podemos emitir más que hipótesis acerca de las futuras configuraciones mundiales. Aquella de una cooperación más densa mediante instituciones internacionales encargadas de proveer bienes públicos internacionales y mundiales, por ejemplo, políticas mundiales eficaces en materia de salud, educación, medio ambiente, alimentación y reducción de la pobreza. En el lado opuesto, se podría asistir a una situación de descentralización radical caracterizada por una competencia intensificada en la cual los Estados tratarían de maximizar su poder y a minimizar su inseguridad en un juego a suma nula ganador-perdedor. Volveríamos de esta manera a las lógicas de rivalidad y del sálvese quien pueda de fines del siglo XIX e inicios del XX, otro momento de derrumbe. Finalmente, una configuración híbrida donde se mezclarían cooperación y rivalidades en los diferentes escenarios de la política internacional podría producirse. De estas tres hipótesis, la última es la que aparece como más probable. Las actuales dinámicas no favorecen la primera. El retorno a una anarquía internacional parece poco probable, aunque sí creemos que nos dirigimos hacia escenarios de creciente inestabilidad.

En tren de especular, podríamos observar la construcción de tres grandes escenarios geopolíticos: uno que contenga el área Asia-Pacífico con China como pivote central y una compleja inserción de India; otro con un eje ruso-europeo que recupere las antiguas líneas de trabajo pensadas en su tiempo por Pedro I° El Grande, los alemanes y Catalina la Grande; por último, el escenario que incluye a la totalidad del continente americano y su eventual acoplamiento al eje ruso-europeo, aquí podría, eventualmente, jugar la India. Queda el mundo islámico, actor central, que en buena medida sufre el desgaste de sus contradicciones entre las diferentes corrientes de su religión, lo que le dificulta jugar un papel mayor en el gran escenario mundial. Obviamente, cada uno de estos escenarios está sujeto a un sinfín de contradicciones, intereses enfrentados y conflictos diversos. En cada uno de los tres mencionados se perfila una suerte de hegemonía que puede suscitar recelos y competencias con otros actores dentro y fuera de la zona de influencia: con ello nos referimos a China en Asia-Pacífico, Rusia en Europa y los Estados Unidos en el continente americano

1. Fukuyama, Francis. *Cette pandémie révèle le besoin d'un État fort*. Le Point, 9 de abril de 2020. Paris
2. Foucher, Michel, Badie, Bertrand. *¿Vers un monde néo national?* CNRS Editions. Paris 2017. Página 71
3. Badie, Bertrand. Obra citada. Pág. 119
4. Badie, Bertrand. Ob. Cit. Pág. 121
5. Badie, Bertrand. Ob. Cit. Pág. 130
6. Rizzi, Andrea y Torralba, Carlos. *Arsenales cargados de nacionalismo*. Diario El País, suplemento Ideas. Madrid, 20 de mayo de 2018. Página 2
7. Yárnoz, Carlos. *El País*, suplemento Ideas. Madrid. 22 de abril de 2018. Pág. 6